

Seis Crónicas

Por Juan Cristóbal Martínez

(En Bucaramanga, su centro de actividades, falleció hace algunos meses este destacado periodista que hizo de la crónica su género preferente. Aquí recogemos algunas de ellas, ágiles y amenas, en recuerdo del escritor).

INFANCIA TRAGICA

Cuando cayó en mis manos por primera vez el libro de Máximo Gorki titulado "Infancia Trágica", quedé absorto ante la pasta, donde a grandes tipos el amenazante titular parecía alzarse sobre su inquietante y sugestivo símbolo de esfinge.

Yo no podía concebir el que alguien pudiera haber tenido una infancia trágica y me parecía que todos esos muchachos que habían ido conmigo a la escuela y habían saltado alegres en la plaza pública y ahora concurrían graves y gallardos a las aulas universitarias, habían tenido como yo, un hogar pacífico, una familia honesta, un pan seguro y un techo propio.

La diabólica atmósfera de la sociedad rusa, revelada tan patéticamente en las novelas de Máximo Gorki, de Anton Chejov, de Fedor Dostoiewski, de León Tolstoy y de Iván Turgueneff, que fueron los que leí con más frecuencia, me produjeron una impresión trascendental y profunda y contribuyeron a fijar en mi espíritu la simpatía y el afecto por la tradición.

Después de leer el capítulo sobre alguna de aquellas inenarrables hecatombes domésticas que pasan de tarde en tarde sobre las familias rusas, me ponía a pensar de nuevo en el marco feliz y tranquilo, modesto y cariñoso de mi niñez.

Entonces sentía como un profundo compromiso moral de recordar todo aquello que había ayudado a conformar ese marco inolvidable de tan serena sencillez bucólica.

Eran horas de grata ensoñación durante las cuales volvía a sentarme en la puerta amplia de la calle a las seis de la tarde, a con-

versar con los míos y se me presentaba otra vez aquel viejo bonachón y fuerte, de voz dura y un poco cascada a quien mi abuelo llamaba cariñosamente "mi compadre Fidel".

Las amplias alas de su sombrero de jipa volvían a moverse sobre su rostro ancho de facés leonardinas, y en sus manos blanquísimas el bordón de cañaguatete temblaba otra vez y daba golpes como cuando en aquellos días de realidad, había que censurar la actitud del gobierno o criticar la vida desordenada de algún pariente. Y volvía a dar vueltas a la plaza y encontraba a los jocosos muchachos que jugaron conmigo al trompo y se treparon a los mamones a bajar el fruto regalado por la alcaldía al pueblo con motivo de la reelección del tren municipal.

Otro personaje que se me aparecía frecuentemente en estas largas y sabrosas ensoñaciones, era aquel enjuto y dinámico don Carmelo, amigo íntimo de mi padre, a cuya autoridad universal parece que iban todos sus problemas en una especie de tribunal de casación.

Don Carmelo González era vástago de una nobilísima familia y todavía figuran en Bogotá sus nietos y sobrinos los Castellos y los Salgar.

Se había formado entre él y mi padre una hermandad inalterable y noble, y cuando el viejo gallardísimo quedó solo en Girón y no quiso irse a Bogotá a donde lo invitaban sus familiares, mi casa fue su hogar generoso.

Una vez oí a mi padre hablar con tanta emoción sobre don Carmelo, que pensé que algo especial los uniría y al interrogar luego, se me relató la anécdota tan impresionante como curiosa.

Estaba fundando mi padre la Boca del Monte y convidó una vez a don Carmelo a que lo acompañara a pasar allí con él unos quince días. El viejo amigo aceptó la invitación y por el camino, yendo a caballo, vio un matón llamado mestizo, que es muy solicitado para hacer bordones y cabos de herramienta.

Mi padre y don Carmelo se bajaron de sus cabalgaduras y cortaron los mejores palos del árbol y se los llevaron para la hacienda, a donde llegaron ya tarde y entrada la noche.

A la hora de la comida mi padre preguntó por qué no había yuca, y se le dijo que un vecino se las robaba todas y nadie quería sembrar. Mi padre mandó llamar al ladrón para que se presentara a darle cuenta del cargo que se le hacía.

Amaneció. Don Carmelo, después del temprano desayuno, se acordó de sus palitos de mestizo y sacando su navaja Castell, cogió el más fuerte de ellos y recostado contra la puerta de la sala se puso a limarlo y a descascararlo.

Estaba en tan suave labor cuando llegó el ladrón de las yucas, que bien prevenido traía en sus manos un largo y relampagueante machete, con el que se avalanzó sobre mi padre que atravesaba el patio desprevenido.

Todo fue en dos segundos. El hombre que corre con el machete en alto. Mi padre, desarmado, que emprende carrera y entra a la sala para saltar a su dormitorio a coger su revólver. Pero al tropezar con un taburete cayó de bruces en mitad de la sala. El hombre con el

machete ya para descargarlo va a entrar a la sala cuando don Carmelo, que apenas se había dado cuenta de la súbita escena, como por instinto y cual si lo hubiera hecho la perilla de Marroquín, descarga el palo sobre la cabeza del agresor que rueda como muerto al suelo.

Mi padre había salvado la vida y trabajo costó devolvérsela al agresor, que sólo una hora después recobró el conocimiento para ser llevado en camilla a Bucaramanga, donde las autoridades lo reclamaban por otros delitos contra la propiedad.

Cuando le pregunté después a mi padre si aquello había sido así, me respondió:

—Así, y tan así que hasta hace poco estaba por ahí el bordón de mestizo que, luego de usar por muchos años, me lo regaló don Carmelo.

LOS PRIMEROS VERSOS

Mi inclinación a los versos se la debo indiscutiblemente a mi padre. Jamás hizo una estrofa, pero era un buen recitador, que tenía en la memoria una gran antología hispanoamericana.

Los poetas románticos, sobre todo, eran de su mayor agrado y los recitaba con placer y con emoción indecibles cuando estaba de buen humor. Mi padre tenía la costumbre de levantarse muy temprano, especialmente cuando estaba en el campo. A veces desde las tres de la mañana saltaba de la cama, abría la puerta, miraba al cielo estrellado con cierta elación mística y seguía hasta la cocina para pedir su taza de café. Luégo volvía al aposento y se acostaba en la hamaca a fumar y a tararear la música de alguna zarzuela, que generalmente era la del “Coro de los doctores” o la de los segadores del “Rey que rabió”.

De pronto pasaba a recitar con cierta entonación peculiar:

“Ya del oriente en el confín profundo
la luna aparta el nebuloso velo
y leve sienta en el dormido mundo
su casto pie con virginal recelo.

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vacía
y la insondable soledad por manto”.

Callaba un momento y levantando la cabeza para cerciorarse de que yo le estaba oyendo, me decía: —!Qué gran poeta es Diego Fallon! Ya no se hacen versos como los de Diego Fallon! Y seguía recitando las dulces y amorosas estrofas hasta que volvía a interrumpir la recitación para observarme con cierta ingenuidad.

—Usted no sabe que yo conocí a Diego Fallon?

Y luégo comenzaba a darme detalles íntimos y encantadores sobre Diego Fallon y su círculo literario y con amenidad maravillosa

me llevaba de la mano por aquella Santa Fé de Bogotá durante aquellos años luminosos del 75 al 95, que fueron los veinte años felices en los que la capital colombiana se puso a la cabeza de los demás centros intelectuales de América.

Convivían entonces y laboraban para la prensa y para el libro, ingenios tan exquisitos como José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Eugenio Díaz, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín, Venancio Ortiz, Roberto Macduell, Ricardo Carrasquilla, José Asunción Silva, Carlos Martínez Silva, Salvador Camacho Roldán, Miguel Antonio Caro, Medardo Rivas, José Antonio Soffia, Rafael Pombo, Rafael Núñez, es decir, una plana mayor como la tuviera apenas París por aquel mismo tiempo con los cenáculos que presidían Víctor Hugo, Edmundo Goncourt, Alfonso de Lamartine, el Visconde Chateaubriand, Alfonso Daudet, Paul Verlaine, Charles Baudelaire, Alejandro Dumas y Emilio Zola.

Otro día, estando de buen humor también y al regresar de recorrer sus cafetales con la confianza agraria en el alma, pedía su irremediable tacita de café y entre sorbo y sorbo comenzaba a recitar en voz muy baja:

Buscando en dónde comenzar la roza,
de un bosque primitivo en la espesura,
veinte peones y un patrón por jefe
van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta
y de camisa de coleta cruda,
aquél a la rodilla, ésta a los codos,
muestran sus formas de titán desnudas.

Otro día, por ejemplo, íbamos de a caballo a recorrer sus labrantíos fértiles, tiraba de pronto la colilla del cigarro y dejando a la mula coger el paso más lento iba recitando:

No hay sombras para tí, como el cocuyo,
el genio tuyo ostenta su fanal
y huyendo de la luz, la luz llevando
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.

Y luégo, volviéndose a mirarme, decía con cierta entonación fervorosa:

—Esos sí eran versos.

Y como yo callara me preguntaba como afanado:

—Cómo, usted no conoce esa composición? Es el “Por qué no canto”, de Gregorio Gutiérrez González. Y cariñosamente, como quien enseña al que no sabe, me iba informando de su origen: Domingo Díaz Granados, inspirado vate antioqueño, le había preguntado en verso a su amigo Gregorio Gutiérrez González, por qué no había vuelto a hacer versos y éste le había respondido en su composición titulada “Por qué no canto”, y al mismo tiempo que le explicaba los motivos íntimos de orden sentimental que lo hacían callar, le ponía de presente

que el que debía seguir escribiendo versos era él y por eso le decía en fácil estrofa:

Tú sí debes cantar. Tu con tu acento
al sentimiento más nobleza das.
Tus versos pueden, fáciles y tiernos,
hacer eternos
tu nombre y tu laúd. Debes cantar.

Todas estas recitaciones solía amenizarlas mi padre con un anecdotario encantador, con el que reconstruía sus épocas de estudiante en la Bogotá hospitalaria que congregaba todos esos ingenios. Hace poco leí unas crónicas inimitables sobre la capital colombiana del último tercio del siglo pasado, escritas por Miguel Cané, y me quedé sorprendido al encontrarme allí con muchísimos detalles que ya conocía por las remembranzas de mi padre.

El afortunado ingenio de Roberto Suárez ya lo admiraba en sus intimidades y ya me había acercado a la confianza de Gregorio Gutiérrez González y Vicente Gutiérrez de Piñeres hasta oírles el chispeante diálogo, cuando éste encontró al autor del canto al cultivo del maíz que se había tomado algunos tragos y le habían hecho más daño que de costumbre:

Qué haces por aquí, Gregorio,
en forma tan imprudente?
—Déjame, por Dios, Vicente,
que estoy pasando actualmente
las penas del purgatorio.

En una página maravillosa pero injusta que leí hace algunos años, hacía Armando Solano una crítica severa contra los poetas románticos de España y América y se extrañaba de que hubieran tenido tanta fama versificadores como Gaspar Núñez de Arce.

José Ortega y Gasset había dicho ya que le resultaba increíble que hubiera un tiempo en que las gentes llamaran poesía a esto:

Era a principios del ardiente julio
Harto de Marco Tulio...
Ovidio, Anguises, Plauto y Menea
rompiendo su enojosa disciplina
la turba estudiantina
regresaba con júbilo a su aldea.

Yo no he compartido jamás esos conceptos porque cogí cariño a la poesía romántica, oyéndola en horas de paz hogareña caer sabrosa y plácida de labios de mi padre. Y tanta impresión gratísima dejaron en mi mente estos ratos de euforia literaria, que muchas veces, ya muerto mi padre, me he vuelto a recostar en aquel mismo sitio a meditar sombríamente y a recordar sus afectuosas charlas, y cuando más ensimismado estoy en aquel goce doloroso, me parece que oigo como en sus tiempos la misma voz fuerte y amable que como ayer vuelve a recitar.

EN EL DESTIERRO

Si no sintiera más respeto por el tema, diría que yo jugué de niño al destierro.

Porque en realidad sentí muchos de los sinsabores que sienten los desterrados fuera de su patria y de los cariños de su patria.

Muy pequeño aún, como resultado de aquella vida de perros y gatos que solían llevar los hombres en los pueblos de provincia y que acabaron con muchos de nuestros más valiosos raigambres sociales, tuvimos que abandonar la población y trasladarnos a Bucaramanga.

La misma tarde en que llegué, al salir a la plaza de García Rovira, tres gamines me vieron y comenzaron a gritarme:

—Míra, es cotudo, cotudo de Girón, que el que no es cotudo es ladrón.

La pandorga iba a seguir ya cuando yo busqué alientos de toda la vieja estirpe de antepasados y sacando un martillo que traía de una carpintería a donde me habían mandado a encabarlo, alcancé a darle un golpe en la cabeza al más gritón, que cayó como muerto echando sangre.

Se me llevaba para la policía, pero como yo gritaba que me llevaran donde mi papá Francisco, el general Alejandro Peña Solano, que estaba de Gobernador y que se paseaba por el atrio de la iglesia, le gritó al policía que se acercara y me preguntó:

—De qué Francisco eres hijo?

Y cuando supo quién era mi padre, que era su amigo y en esa época ocupaba asiento en la Asamblea Departamental, me hizo soltar y me gritó entre airado y sonriente:

—Corra para su casa, vagabundo.

Y era que en esos tiempos, por una tradición lamentable, que había arraigado quizá a la sombra del espíritu bélico que producía una contienda civil todos los años, los pueblos se odiaban o parecían odiarse unos a otros, como los vecinos quisquillosos.

El regionalismo llegaba así a su expresión más odiosa y deprimente. Pero era una especie de necesidad para un municipio el sentir y contar con esa incitación que era la enemistad de su vecino.

Cuando aún vivía yo en Girón, recuerdo que solían llegar los muchachos de Bucaramanga a bañarse en el famoso pozo de El Terrón, y si para su desgracia alguno lograba durar consumido un segundo más de lo que durara el campeón de consumidas de la localidad, la cuadrilla de visitantes tenía que ir a escampar la lluvia de piedras en Campo Hermoso.

Si algún niño de buena familia, de esos que solían acompañar a sus tíos cuando iban a curarse el reumatismo en la quebrada de Las Nieves, no tenía la precaución de controlar la cuerda de su cometa, la fuga tenía que ser igual. No era decoroso para el municipio que la cometa de un extraño volara más alto de lo que podían volar las cometas de los niños Uribes, de los niños Martínez, de los niños González, de los niños Mantilla, de los niños Chona, de los niños Arango, de los niños Navas o de los niños Serrano.

Y en Bucaramanga existía el mismo espíritu de animadversión. El gironés que viniera con su papacito a vender el tabaco de la cosecha y quisiera distraerse mientras se arreglaba el valor de la preciosa hoja, jugando al trompo en el atrio, no podía permitirse el lujo de sacar aquellos aguerridos trompos de naranjo que en Girón conformara la científica maestría de don Antonio Valdivieso Sánchez, por que vendría el recelo, la guerra y la lucha.

El orgullo local no podía resignarse a que el trompo de un pueblo venciera en franca lid el trompo de uno de los niños Valderrama, o de los niños Fossi, o de los niños Trillos, o de los niños Barrera, o de los niños Peña, o de los niños Puyana, o de los terribles niños Gámez.

En las tertulias hogareñas el humorismo también corría a chorros y se revolcaba sobre las campanas de Girón, que se decía que eran de lata, y sobre el coto del carguero Carmelo, que se afirmaba ser hecho de calabazo, y sobre la iglesia, que había sido hecha allí mismo, y sobre el efecto que en Bogotá le había causado la luna a un estudiante gironés cuando desde el patio del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, se había dado cuenta que era un poco más pequeña que la de su pueblo.

En Girón, en cambio, las charlas plácidas que aromaba el humo denso del tabaco se vengarían de aquellos chascarrillos recordando que al último matrimonio de copete, habían concurrido muchos que eran de ñor y recalcando el origen histórico de la capital, que había sido fundada por los ricos de Girón para parrandear los sábados, y riéndose de que para tomar buen chocolate donde don David Puyana tenían que encargárselo a las Lipis de Girón.

Pero aquellas recelosas inquietudes que pasaron y se borraron como el coto y las gentes de ñor, eran benéficas para el ánimo de los pueblos que en esa permanente emulación mantenían pura y firme el alma de la raza.

Por eso existían aún en todo su esplendor los núcleos sociales que hicieron de ciertas poblaciones de provincia, valiosos centros que ejercían influencia en la política departamental y aun en la nacional.

En Curití vivían en un tiempo, los dirigentes de la vida oficial de Santander, que eran los Rueda y los Galvis, y a sus casonas de la plaza llegaba de vez en cuando algún comisionado de Rafael Núñez o de don Aquileo Parra o de Solón Wilches y en la tertulia de la noche, entre copa y copa de buen brandy, se resolvía la guerra o la paz.

Concepción también tuvo esa categoría versallesca con algo de Aviñón, de la vieja Aviñón de los pontífices inconformes y fue la época maravillosa del prestigio de Solón Wilches y su aguerrida parentela, y de la fama de José María Ruiz y sus leyendas de picaresca voluptuosidad.

Barichara también fue centro de influencia con Aquileo Parra y los Pradilla, los Gómez y los Noriega, como lo fue Vélez y lo fue Girón, lo fue Zapatoca y lo fue Charalá, la Charalá remota y risueña de Pepe Santos y de Leonidas Torres, de los Avendaño y los Carrizosa, los Santander y los Silva, los Carreño y tantos otros varones singulares, que desde su sillona de cuero o su hamaca de cabuya,

entre chupo y chupo del cigarro autóctono, envuelto por la esposa sobre las mismas piernas o entre sorbo y sorbo del chocolate molido por la tía o la hermana mayor en la tradicional piedra de moler, sin la cual una casa no valía nada, daban la orientación a la política y al gobierno.

Fueron tiempos gloriosos en los que ni los independientes hacían nada en Bogotá sin saber qué opinaba don Pepe Santos o Solón Wilches o Antonio Roldán, que ordeñaban vacas en sus haciendas, ni los radicales procedían sin consultar a José María Villamizar Gallardo, que se daba baños tibios en su aposento de Bucaramanga; ni los conservadores iniciaban la oposición a un candidato nacionalista sin escribirle primero a don Rito Antonio Martínez, que decía chistes sabrosos en la umbría y bella plaza de San Gil, cuando le llegaba la carta explicativa de don Marceliano Vélez, y el viejo ilustre, echándosela al bolsillo, como si fuera la carta del mayordomo pidiendo más semillas de pasto, remataba la anécdota y luego se despedía diciendo muy socarronamente:

—Me voy a ver si le dieron de beber a la mula...

EL PRIMER AMOR

Cada vez me voy convenciendo más de que lo que suelen llamar los novelistas y los poetas “el primer amor”, para atribuirle una trascendencia casi siempre lamentable sobre la vida del hombre, no es sino un truco retórico sin relación alguna con la realidad.

Yo por mi parte puedo confesar que jamás he logrado esclarecer satisfactoriamente cuál pudiera haber sido el primer amor de mi vida.

Cuando estudiaba en el Colegio de San Pedro Claver en Bucaramanga solía irme a Girón a pasar las vacaciones de diciembre al lado de mi abuelo don Julián Martínez, que era la reliquia venerable de la familia y a cuyo lado pasaba horas deliciosas de inalterable paz.

No me halagaba la ciudad con sus fiestas rumbosas y en cambio me complacía en huír hacia la soledad del campo y obedecer calladamente a ese complejo de rusticidad en el que intervenían nueve o diez generaciones de viejos afables, honrados y laboriosos que habían sembrado amplias estancias de cacao, habían cosechado abundante tabaco y habían producido panela blanca y arroz de primera calidad.

Me sentía feliz levantándome temprano y montando al anca del caballo que transportaba a mi abuelo cuotidianamente del pueblo a la estancia y de la estancia al pueblo, año por año, sin alterar el menudo trote de siempre.

Yo convivía aquella existencia sencilla y me sentía feliz cuando depositando en mí toda su confianza me daba alguna grave comisión como ir a ayudar al bobo Julián a traer las vacas o a echar la toma o pasar el río y llegar hasta la casa de Pedro Avendaño a decirle que fuera a tapar unas goteras o hacerle compañía a él mismo, cuando

echándose sus noventa años encima como una mochila, emprendía la correría a lo largo y a lo ancho de la estancia y de cuando en cuando se llevaba la mano abierta a la frente para quitarse el sol y mirando con fijeza exclamaba:

—Se la comieron las arditas.

Cuando las mazorcas de cacao devoradas por las arditas pasaban de tres, mi abuelo emprendía la purga severa con caracteres netamente nazistas, por que mandaba llamar a Manuel Martínez, un tirador de primera clase, y le decía ante Dios y los hombres:

—Manuel: por cada arditita que mates en la estancia te doy cincuenta centavos.

Y ya se sabía que de la vigorosa campaña resultaban ocho o diez arditas muertas.

Todas estas cosas se sucedían en el amplísimo patio de la casa de campo de Los Totumos, mientras once o doce perritos de mala raza, bochincheros y buscapleitos husmeaban, correteaban, ladraban y no dejaban en paz a nadie.

De pronto aparecía algún compadre tras las rejas del gran portón y los gozques atronaban cielo y tierra con sus alaridos de amenaza. Mi abuelo sentía entonces la infantil complacencia del ostrogodo que se veía amparado por diez mil lanceros suicidas y los dejaba latir un rato como para demostrar la adhesión de que disponía, hasta que apelando ceremoniosa y orgullosamente a su autoridad, los mandaba callar y al abrirse el portón decía con cierta piedad enfática:

—No tenga miedo, compadre. Siga que este es su casa. Siga sin miedo.

Todo esto llenaba de goces íntimos mi infancia y de seguro me dieron este apego cordial que siento por las cosas agrestes y rurales, pues jamás se opacan en mi imaginación esos quehaceres que por aquel tiempo se cumplían con una euforia fresca y una voluntad veloz y pronta, como la recogida del ganado para darle sal en las mañanas quincenales, bajo aquellos frondosos espinos y aquellos caracolies robustos que le daban sombra gratísima, o la espantada de los pájaros en el arrozal a largos gritos alegres, o la echada del agua a la toma, abundante y fresca, para lo cual había que ir hasta el río, el pintoresco y rumoroso Río del Oro.

Solamente los domingos me ponía el reluciente traje de paño que había estrenado en la última sesión solemne y me dedicaba a recorrer el pueblo de esquina en esquina.

En uno de esos domingos encontré por fin lo que pudiera llamar mi primera novia, pues no me atrevería a decir que mi primer amor, ya que he sostenido siempre que el amor no viene sino una vez en la vida y es aquella deslumbradora atracción que un día nos encadena caprichosamente sin que sepamos por qué nos encadena y borra todo lo de atrás y no deja ver nada delante. Pues bien: al cruzar una esquina alcancé a ver un rostro de muchacha que me sonreía y yo le sonreí. Iba a seguir adelante sin hacer caso del incidente, pero de pronto caí en la cuenta que la sonrisa que había tenido para aquella muchacha era de otra índole a la sonrisa con que saludaba a mi tía María y a la sonrisa con que me despedía de mi madrina Dolores.

Entonces me detuve en la esquina y al poco rato la muchacha apareció en la puerta de su casa.

Era de cuerpo elegante y delgado, ojos vivaces que relampagueaban desde lejos, y usaba un cabello largo que caía en dos guedejas románticas, como las guedejas de las enamoradas difíciles de Carlota Braeme.

Yo creo que me estuve allí unas dos horas y al fin el sol del medio día que calentaba fuertemente me hizo retirar, pero durante toda la semana anhelaba la llegada del domingo para que la muchacha que vivía en el campo volviera a Girón y yo pudiera verla.

Eso duró unos dos meses, hasta que volví al colegio y a los pocos días cuando creía haberlo olvidado todo, sentía algo en el corazón como un deseo de volver a verla. Pero jamás la volví a ver.

Hoy cuando paso por la puerta aquella donde por primera vez una mujer me sonrió amorosamente, siento cierta nostalgia grata que endulza mi existencia.

EL HOTEL DE LAS MANTILLAS

La víspera de viajar por primera vez a Bogotá, estaba toda la familia, ya entrada la noche, sentada en el aposento en torno al gran baúl en el que mi madre iba acomodando la ropa y los útiles de mi uso personal, para el viaje.

En medio de la tristeza que mi separación del hogar causaba, había cierta original animación y cada momento se acercaba curiosa-mente una de mis hermanas para preguntar:

—Le echaron jabón?

—Envolvieron bien el chocolate?

—Los pañuelos y las corbatas que se hicieron?

Mi padre entre tanto, recostado en su taburete contra la puerta que daba a la sala, iba dándome valiosísimas indicaciones.

Lo primero que me dijo fue:

—De aquí, de Bucaramanga, van a Los Santos y allí llegan al Hotel de las Mantillas. En ese me hospedé yo la primera vez que fui de estudiante a Bogotá.

Efectivamente, a la noche siguiente me hospedaba yo en el Hotel de las Mantillas, albergue generoso de que se ufanaba el simpático pueblecito de Los Santos, como Roma puede ufanarse del Vaticano o Lovaina de su Universidad.

Al caer de la tarde, con aquella grave melancolía con que caen las tardes sobre las grandes llanuras, cabalgaba yo por la amplia Mesa de Los Santos recreándome en el aspecto hermosísimo de un sol rubicundo y tambaleante, que parecía bailar sobre la línea móvil del horizonte.

De pronto se me apareció el pueblo, gracioso y atrayente, y trotando por la larga calle que llaman la calle real, entré a la plaza y pregunté a un hombre rechoncho y moreno que estaba apostado en la esquina:

—Dónde queda el Hotel de las Mantillas?

Con el índice me señaló una casa de puerta amplia y anchos ventanales en rigurosa hilera. Era el Hotel de las Mantillas.

Al desmontarme, una mujer alta, delgada y de magro semblante, como los semblantes de las hirsutas rezanderas castizas que se hallan arodilladas ante los crucifijos del Benedictino, salió a darme la bienvenida. Era la señorita Matilde Mantilla, dueña del hotel.

Porque aquello se llamaba el Hotel de las Mantillas, como por una condescendiente razón social que se le había aplicado desde su fundación o para hablar con mayor exactitud, desde su aparición.

Porque el Hotel de las Mantillas no se fundó como generalmente no se ha fundado ninguno de esos hotelitos acogedores y cariñosos que en los pueblos remedan el distante hogar y en los que hay siempre un muchacho alocado que lleva y trae la mula y una vieja que nos consigue agua caliente y una muchacha que nos gusta, que acaba de pelear con el novio y que baila con nosotros y nos pide que le recitemos *La Gran Tristeza* por Julio Flórez.

La historia del Hotel de las Mantillas es común y corriente: una tarde se dijo que el General Simón Bolívar estaba para llegar al pueblo, de paso para Bogotá, después de su estada en Bucaramanga.

Eso se supo a las cuatro de la tarde y entonces se cayó en cuenta de que no había dónde alojarlo. La casa más amplia era la de las señoritas Mantillas y era fama de que ellas tenían buenas sobrecamas, suficientes colchones y algunos pares de cubiertos.

El señor alcalde municipal, el cura párroco y el maestro de la escuela primaria, fueron los encargados de notificar este alto y estorboso honor a las Mantillas.

Todo les cogió de nuevo pero había que aceptar. Se barrió bien la casa, se mandaron traer naranjas agrias para lavar bien la vajilla, se clavó una percha en el corredor que habría de hacer de comedor, se desocupó una cómoda donde se guardaban viejos chécheres de familia, se sacó a relucir el jarro de plata martillada que había regalado a su esposa el día de las bodas don Cupertino Mantilla, y en dos horas quedaba establecido el Hotel de las Mantillas.

Porque al irse el Libertador al día siguiente, le había dicho a una de ellas:

—Sepa que es este uno de los buenos hoteles de la región.

Y este anuncio que les había llenado de orgullo las incitó a mantener el servicio que aún subsiste hoy campante y acogedor como en sus mejores tiempos.

El Hotel de las Mantillas es un templo por el que ha discurredo toda la historia santandereana.

Allí se alojaron y se han alojado durante ciento diez años todos los actores importantes de la dramática vida departamental.

En una de sus piezas durmió tranquilamente don Pacho Soto cuando iba a instalar en Tunja el célebre congreso de 1822, y allí durmieron su sueño apacible don Antonio Roldán cuando vino a Bucaramanga a establecer el tren departamental, el doctor Manuel Murillo Toro cuando pasaba para Pamplona a dar vida al Estado Soberano de Santander, y Solón Wilches cuando fue llamado para apoyar la re-

volución contra Rafael Núñez, y Victoriano de Diego Paredes cuando iba a recibir sus cartas credenciales como embajador en Washington, y don Mariano Ospina Rodríguez cuando iba a ser derrotado en el Hato, y Tomás Cipriano de Mosquera cuando pasaba victorioso y amenazante.

El Hotel de las Mantillas, como el de las Ruedas en San Joaquín y el de las Barreras en Mogotes y el de los Reyes en Onzaga y el de las Silva en Susa y el de las Pinto en Duitama y el de las Ruiz en Curití, no tenía la aparatosa suntuosidad de los hoteles caros y modernos.

No tenía teléfono pero se daba un grito desde la sala y llegaban cien muchachos del pueblo a ver qué se ofrecía; no tenía agua helada pero en cambio había una tinaja pasosa que le daba especial frescura; no tenía timbres pero de un paliotazo llegaban la señorita Matilde y tres criadas suyas a pedir excusas por la demora en el servicio.

En cambio había una mata de zangalejo bien florecida, que desde el rinconcito del patio parecía sonreír con su sonrisa lila al recién llegado, y sobre la mesa del comedor no faltaba nunca el florero desportillado pero repleto de frescas flores que aromaban hasta el alma del pasajero.

No podré olvidar el trato cariñoso con que se me atendía siempre. Aquella primera noche, como llegué muy cansado me acosté a las ocho y ya iba quedándome dormido cuando sentí que la puerta se abría. Creí que fueran ladrones y eché mano al revólver discretamente, pero al levantar la cabeza pude ver sonriente y maternal el rostro de la dueña que me preguntaba con voz queda:

—Le trajeron su vaso de noche?

Yo volví a mirar bajo la cama y ví que me lo habían llevado, lo que satisfizo mucho a la señorita Matilde Mantilla, que se retiró luego en punta de pies.

Dos minutos después volví a sentir que se abría la puerta. Era la criada gordiflona que me había servido la comida, que llegaba a preguntarme:

—Le traigo más ariquite?

—En verdad tráigame un platico, le dije. Y al poco rato la puerta se abría para interrogar:

—Lo quiere con pan?

—Con pan, será.

Luégo volvió la señorita dueña que iba a decirme:

—A la hora que quiera el desayuno, pídale con confianza.

Así iba abriéndose la puerta cada quince o cada cinco minutos, hasta que ya en profundo sueño y como a la media noche se me despertó por el muchacho que llevaba y traía las bestias, para decirme:

—Si se le ofrece algo, llame por aquella puerta.

Pero todo eso era perdonable en cambio de tanta afabilidad, tanta sencillez y tanta sinceridad.

Aún no puedo olvidar la escena cómica y dramática cuando por la mañana pedí la cuenta. Eramos cuatro pasajeros y la señorita Matilde Mantilla, alma casta y noble, con un lápiz en la mano echaba

y echaba números en la pared. Por fin se acercó al oído de la criada que servía al comedor y alcancé a oír que le dijo:

—Aunque se pongan bravos, no se puede menos.

Yo comprendí que iba a ser esquilado y dije ya con voz nerviosa:

—La cuenta, señorita.

Lentamente, tímidamente fue avanzando hacia mí la señorita Matilde Mantilla con el largo lápiz en la mano como testigo fiel de aquella verdad económica, y con palabra entre cortada preguntó:

—La de los cuatro?

—Sí, señorita, la de los cuatro, respondí.

—Pues de lo de los cuatro, fue diciéndome lentamente, y como todo se ha puesto tan caro, serán uno con veinte...

—Cómo así?, pregunté, pues yo llegué a creer que el uno sería por lo menos un millón de pesos, y entonces casi desmayándose la dueña del hotel explicó:

—Sí, señores, y perdonen, pero son un peso y veinte centavos.

PENSION DE FAMILIA

Las calles asfaltadas, los edificios de seis pisos, los buses y automóviles y sobre todo, los cuatrocientos mil habitantes de sobra que le han llegado a Bogotá, le han quitado a la capital colombiana mucho de su antiguo y grato sabor.

Ya no se podría hoy emprender aquellas lentas y largas peregrinaciones que de mes en mes emprendíamos los estudiantes de hace quince años, en busca de una pieza en alguna de las innumerables pensiones de familia que fueron tan típicas y tan originales.

Yo recuerdo que casi siempre al llegar a una esquina por los lados de Santa Bárbara o de Egipto, de las Nieves o de La Candelaria, se encontraba uno de pronto con dos letreritos escritos en una blanquísima tira de papel. El uno decía hacia la mano derecha: **Se arriendan piezas para caballero**, con alimentación o sin ella. Y en la otra, a mano izquierda, se anunciaba muy tímidamente que se vendían claveles.

El patio, en efecto, estaba lleno de matas de claveles. Había claveles en las barandas y en los pilares y colgando de las paredes y en la escalera y en todas partes.

—Dónde estará la señora de la casa?

Y a esa pregunta tradicional que se hacía a voz en cuello desde el mismo zaguán, salían dos damas de regular edad, algo gordas, porque las dueñas de estas pensiones de familia siempre eran algo gordas, cubiertas con chalinas de lana y que dejándose apenas entrever desde alguna puerta o algún pasadizo, preguntaban qué querían los señores.

Cuando ya sabían que era una pieza, comenzaba la sapientísi-

ma propaganda del sitio y de las casas y de las piezas, especialmente de la que estaba desocupada.

En esas casas jamás había muerto una sola persona de tifo o neumonía, ni había vivido ningún tuberculoso. En cambio en la pieza de arriba había estado viviendo el doctor Luis A. Robles, cuando estuvo en el célebre congreso de 1899, y en la de abajo, se había hospedado Guillermo Valencia cuando compuso a Anarkos, y en aquella otra al lado del zaguán, había vivido el doctor Manuel Murillo Toro antes de contraer matrimonio.

Si la casa era colonial entonces la historia era más en grande y en la pieza del lado del comedor se había refugiado por unos días Luis Vargas Tejada y en la otra había bailado Bolívar y en la más oscura se habían reunido los conspiradores de septiembre.

Yo no sé cómo se las componían estas modestísimas empresarias de casas de familia para tener siempre dos o tres muchachas atractivas que eran la incitación de la casa.

Podían no darle a uno huevos al desayuno ni al almuerzo, podían carecer de estufa para el agua caliente, podían quitarle de vez en cuando el pan de las onces, pero todo eso se toleraba por que lo hacía tolerar la sonrisa dulcísima de Merceditas o de Lucilita, que trayendo un clavel hermosísimo, le decían a uno:

—Mañana como que vuelven a ponerles huevo.

En cambio de las privaciones y contrariedades, en esas casas de familia encontraba uno mucho de lo que se le había quedado en el lejano hogar: cariño y paz.

Yo recuerdo que una vez llegué a hospedarme donde un señor Laspriella, por los lados de San Agustín, cuya hija era una verdadera hermana de la caridad. Allí lo atendían a uno lo mismo para una borrachera que para un tifo, y si de la casa le suspendían la pensión o no había pensión, le disimulaban la demora con una prudencia científica.

Entre los que vivían allí por más largo tiempo, estaba un tal Vásquez, estudiante de medicina, que no tenía cómo pagar un centavo por la pieza. Se le había dado la última de todas, una que había servido de cuarto para guardar chécheres viejos de la tienda que el señor Laspriella había tenido en Zipaquirá.

Vásquez duró allí seis años sin pagar un centavo y el día que se graduó, el señor Laspriella le prestó cien pesos para sus gastos de viaje. Vásquez se despidió llorando y les dijo que algún día les compensaría. Se estableció en Barquisimeto, donde le fue muy bien. Un día vió en la prensa de Bogotá las invitaciones al entierro del señor Marcos Laspriella, se acordó del viejo y noble hospedero y recordó que su hija, ya de edad, podía quedar sola y necesitada.

Inmediatamente salió para Bogotá, visitó la huérfana y con un sentido muy humorístico de la vida y de los negocios, sacó las cuentas de lo que debía, reconoció intereses y le aseguró su subsistencia.

No había casa de familia medianamente respetable donde no se bailara los sábados. A la fiesta asistían las muchachas del barrio y allí se compaginaban los noviazgos sutilmente concebidos y dirigidos por la mano habilidosa de la dueña de casa.

De vez en cuando había un paseo al Salto o a las Salinas de Zipaquirá, que era como un jubileo de la pensión y que solamente tenían lugar cuando los dueños de casa cumplían cincuenta años de casados o la niña menor hacía la primera comunión o la mayorcita se casaba con el inquilino de mejor porvenir.

Un día estaba uno afeitándose ante el espejo colgado de un clavo en la puerta, cuando allá en el fondo veía asomar y cruzar el corredor como una visión diabólica un personaje encopetado, de aspecto ministerial, con un bastón de empuñadura de oro y un sombrero de copa reluciente.

Era un huésped nuevo que superaba la categoría de la modesta pensión y que desde ese día comenzaba a dejar a los estudiantes en segundo término. Se llamaba el doctor Monsalve o el general Beltrán.

Esa tarde, cuando pedía uno su sorbete de curuba, la criada repelentemente le decía:

—Sorbete no hubo sino para el general.

Por la mañana le llegaba el desayuno con un solo huevo y al reclamar se le respondía:

—La cacerola de dos huevos es para el doctor.

Entonces comenzaba la guerra sorda y cruel de la muchachada contra aquel personaje imprudente que llegaba a hacerles saber a las propietarias, que aquello de “no me alcanzaron a cambiar el cheque” era un miserable truco de pobres, que eran mentiras que los bancos estuvieran cerrados dos meses por la muerte del general Isaías Luján, y que en el correo no le demoraban a nadie los giros por falta de testigos preseñales para la entrega.

La campaña era relámpago y una mañana al llegar a desayunarse el orondo general se sentaría en una silla desvencijada que lo tiraba con título y todo al suelo, y por la noche el vecino roncaría estrepitosamente, y si aún se resistía a dejar la pensión se le contaría muy por lo bajo, para que no llegaran a saber los de la casa, que la madre de las propietarias había muerto leprosa en esa misma pieza que él ocupaba ahora.

Este ya era una especie de recurso de última instancia que daría resultados inmediatos, porque media hora después el flamante doctor o el bravo general, estarían sacando sus muebles para trasladarse a otra pensión.

Y el orden público se restablecía con el retorno de la hegemonía, aquella hegemonía estudiantil que pagaba mal pero que en cambio daba sin medida todo el esplendor de su festiva alegría y su grato compañerismo, que hizo de las pensiones de familia verdaderos hogares, en los que se encontraba a veces todo el tibio afecto de la solariega casa lejana.
